

los Wendels y los Longobardos se den la mano aquí en Alejandría; que echen suertes para repartirse la costa, y entonces....

—¿Entonces qué?

—En cuanto estemos bien arraigados en Africa, reuniré una partida de héroes y con ellos navegaré al Sur hácia Asgard.... Quiero atravesar ese Mar Rojo.... y ver á Odin cara á cara, ó morir buscándole.

—¡Oh! suspiró Smid; y supongo que aguardarias por mí, en lugar de dejarme á mitad del camino, entre los dragones y los elefantes. Bien, bien, los hombres sábios son como las tierras pantanosas.... cabalga hasta donde quieras en la tierra firme, que seguro estás de llegar por último á un sitio agradable. Sin embargo, iré mañana á tantear la guardia, si no me duele la cabeza.

—Y yo veré al jóveu para tratar sobre Pelagia. Brindémos al buen éxito de nuestro plan.

Y los dos ancianos guerreros estuvieron bebiendo hasta que las estrellas dejaron de ser visibles y las sombras del

eláustro por el lado de Oriente se desvanecieron ante el brillo del crepúsculo.

CAPITULO XIX.

JUDIOS CONTRA CRISTIANOS.

El porterillo, despnes de haber llevado el mensaje de Arsenio á Miriam, volvió en busca de Filemon y el anciano, y no hallandolos, empleó toda la tarde en correr acá y allá con tal frenesí, que se originaron grandes dudas sobre el estado de su salud entre la gente del barrio. Al fin, el hambre le obligó á ir á su casa á cenar, y trató entonces de desahogar sus excitados sentimientos en su ocupacion favorita de pegar á su muger. Con este motivo, dos esclavas sirias de Miriam, atraidas por los gritos de la negra, acudieron á su socorro, le echaron encima un cubo de agua y le pusieron en la calle. El, sin alterarse, se comparó sonriéndose con Sócrates dominado por Jantipa; y cediendo filosóficamente á las circunstancias, estuvo dando saltos, semejante á una urraca

domesticada, como unas dos horas, á la entrada de la callejuela, prodigando ligeros chistes á los que pasaban con peligro algunas veces de su seguridad personal; hasta que por último Filemon, que corria sin aliento en direccion de su casa, se precipitó en sus brazos.

—¡Oiga! ¡Eres tú! Tu estrella prospera. Ella te llama.

—¿Quién?

—Miriam. Sé como la tumba de callado. La verás y hablarás con ella. Rechazó el mensaje de Arsenio, usando de palabras que es innecesario repitan labios filosóficos. Vamos; pero cuidado cómo te expresas.... mira que se trata de una encantadora que puede detener las estrellas en su curso, y á quien obedecen los espíritus del tercer cielo.

Filemon se dió prisa en llegar á casa con su huésped. Poco le importaba ya la prevencion de Hipatia para que se resguardase de Miriam.... ¿No iba en busca de su hermana?

—¡Estás de vuelta otra vez, miserable? gritó una de las esclavas, cuando llamaron á la puerta de la habitacion de Miriam. ¿A qué traes aquí jóvenes á tales horas de la noche?

—Harás mejor en bajar y pedir perdón á tu pobre muger. Ha estado llorando y rezando por tí ante su crucifijo toda la noche; por tí, ingrato mono.

—Supersticiones femeniles.... pero la perdono.... ¡Abrid, mugeres bárbaras! Traigo aqui á este jóven filósofo de orden de vuestra ama.

—Que aguarde, pues, en la antecámara. Hay uno con mi ama en este momento.

Así, Filemon tuvo que esperar en una oscura antecámara, adornada con alfombras viejas y divanes, paseándose agitadamente, mientras que las dos esclavas le observaban de medio ojo y convenian en que era un estúpido, pues que no contestaba á sus lánguidas miradas.

Entretanto Miriam estaba oyendo, con maligna sonrisa, á un jóven judío, cuya piel habia tostado el sol.

—Sabia, madre en Israel, que todo dependia de mi diligencia, y en tal concepto cabalgué noche y dia desde Ostia á Tarento; pero el mensajero de los incircuncisos estaba mejor montado que yo; viendo lo cual, seduje á un esclavo para que estropease su caballo, y de

este modo logré adelantarme á él una jornada completa el segundo dia. Sin embargo, por la noche el Filisteo me habia dejado atras nuevamente, con la ayuda de los ángeles malos. Me puse furioso.

—¿Y entonces, Jonadab Bar-Zebudah?

—Me acordé de Ehud y de Joab, cuando iba perseguido por Azael; y despues de reflexionar mucho acerca de la legalidad del hecho, pues no soy hombre sanguinario, cuando nos reunimos en medio de la oscuridad, cogí y le maté.

Miriam aplaudió.

—En seguida, vistiéndome su ropa y tomando sus cartas y credenciales, como era justo, pasé por el mensajero del emperador, y así cabalgué el resto de aquel dia á costa de los paganos, y te devuelvo la balanza salvada.

—No pienses en la balanza. Guárdala para tí, digno hijo de Jacob. ¿Y despues?

—Cuando llegué á Tarento me embarqué en la galera que habia ajustado con ciertos piratas, hombres valientes y que se portaron muy bien; pues estando á la mitad del camino vimos otra ga-

lera en la misma direccion que nosotros que conocí era de Alejandria, y tambien el capitan, el cual me aseguró que habia ido desde aquí á Brindis con cartas de Orestes.

—¿Y qué?

—Parecióme bajo el que nos pasase, y mas bajo perder cuantos sacrificios teniais hechos tú y nuestros ancianos; así traté con el hombre de sangre, ofreciéndole, ademas de lo contratado, doscientas monedas de oro, que pagó por cuenta mia Rabbi Ezequiel, que vive junto á la puerta del Agua en Pelusio. Entonces los piratas convinieron en echar á pique al enemigo; pues nuestra galera era de Liburnia con un agudísimo espolon, mientras que la suya no pasaba de ser una ligera trirreme.

—¿Y lo hiciste?

—De otro modo no estuviera yo aquí. Fueron entregados en nuestras manos; herimos su galera por la mitad y se undió como Faraon y su ejército.

—¿Perezcan así todos los enemigos de nuestra nacion! exclamó Miriam. ¿Y ahora es imposible, dices, que lleguen nuevas noticias hasta dentro de diez dias?

—Imposible; me lo aseguró el capitán, debido todo á haberse levantado viento y á las señales de una tempestad por el lado del Sur.

—Toma esta carta para el sumo sacerdote y la bendicion de una madre en Israel. Has servido á tu pueblo, y bajarás al sèpulcro cargado de años y de honores, con criados y criadas, oro y plata, hijos y nietos, con tu pié sobre el cuello de los paganos y la bendicion de Abraham, Isaac y Jacob, y comerás del ganso que está engordando en el desierto, y del Leviatan que yace en el gran mar, para que se alimenten de él todos los verdaderos israelitas en el último dia.

Y el judío se marchó, creyéndose quizá, en su fanatismo, el hombre mas feliz de Egipto en aquel momento.

Atravesó la antecámara, dirigiendo una mirada á las esclavas sirias, y frunciendo el gesto al ver á Filemon, el cual fué introducido entonces á la presencia de Miriam.

La vieja estaba sentada, hecha un ovillo, en un divan, escribiendo en un librito de memoria que tenia sobre sus rodillas, mientras que en los fundones al

lado de ella brillaban joyas magníficas que se habia estado entreteniendo en tocar, como un niño haria con sus juguetes. Permaneció algunos minutos sin alzar los ojos; y Filemon, á pesar de su impaciencia, no pudo menos de mirar alrededor y comparar el desaseado esplendor, el repugnante olor á vino, á comida y á perfumes de aquella pequeña sala, con la gracia y la limpieza de las casas griegas. Arrimados á la pared habia armarios y baules, cuya construccion revelaba la fantasía de los orientales; rollos de pergamino iluminados yacían á montones en un rincon; una lámpara de forma particular colgaba del techo; y esparcia una opaca y triste luz sobre un objeto que al pronto heló la sangre del jóven, á saber: un listoncillo de madera, sobre el cual, en un plato de oro, grabado con señales místicas, estaba la mómia de la cabeza de un niño; uno de esos teraf, de los cuales, como sabia Filemon, pretendian las hechiceras del Oriente evocar respuestas proféticas.

Al cabe levantó los ojos y habló con voz dura y chillona.

—¡Bien, hermoso jóven! ¿y qué es lo

que quieres de esta pobre judía proscrita? ¿Deseas alguna de las preciosidades que ha tenido el talento de hacer que los demonios, sus esclavos, salvarsen de los cristianos ladrones?

En breves palabras refirió el joven su historia. La vieja le escuchaba, fijando en él con toda intencion sus ardientes ojos; en seguida respondió lentamente:

—Bien; ¿y qué tenemos, si eres esclavo?

—¿Conque lo soy? ¿Conque soy esclavo?

Sí. Arsenio dijo la verdad. Yo le ví comprarte en Ravena hace quince años cabales. Yo compré á tu hermana al mismo tiempo, la cual tiene ahora veintidos años, pues te llevaba cuatro de edad.

—¡Oh, cielos! ¿Y tú conoces aún á mi hermana?.... ¿Es acaso Pelagia?

—Eras un lindo niño, prosiguió la vieja, como si no le hubiese oído. Si imaginara que en creciendo ibas á ser tan hermoso y hábil como eres, te hubiera comprado. Los godos estaban á punto de marchar, y Arsenio dió solo diez y ocho monedas de oro por tí....

ó veinte.... con la vejez todo se me olvida. Pero habia que gastar luego en tu educacion, y la de tu hermana me costó sumas enormes.... Lo cual no quiere decir que no valiese el dinero.... de ningun modo, pues era preciosísima.

—¿Y sabes dónde está? ¡Oh! ¡dímelo.... por compasion, dímelo!

—¿A qué fin?

—¿A qué fin? ¿No palpita en tí un corazon humano? ¿No es mi hermana?

—¡Bien! Sin ella has vivido perfectamente quince años.... ¿por qué no te ha de suceder lo mismo ahora? Tú no te acuerdas de ella.... tú no la amas.

—¿Que no la amo? Moriria por ella.... por tí, si me ayudases á encontrarla.

—¿De veras? Y si te condujese á su lado, ¿qué harías? Ella es bastante feliz y rica ahora. ¿Pudieras aumentar su felicidad ó su riqueza?

—¿Y me lo preguntas?... Yo debo.... quiero.... sacarla de esta infamia.

—¡Ah! ¡ah! ¡señor fraile! No esperaba yo menos. Nadie sabe mejor que yo lo que significan esas hermosas palabras. El niño que se ha quemado teme el fuego; pero la muger vieja que tambien se ha quemado, lo apaga, como ve-

rás. Ahora escucha. No digo que no hayas de encontrarla. . . . ni que la misma Pelagia no sea la muger á quien buscas. . . . pero. . . . estás en mi poder. . . . No frunzas el ceño. Puedo entregarte como esclavo á Arsenio cuando me acomode. Una palabra mia á Orestes, hará que te prendan como fugitivo.

—¡Huiré! exclamó Filemon con altivez.

—¡Huir de mí?

Y Miriam se rió, señalando el teraf.

—¡De mí, que si huyes mas allá de Kaf, ó te sepultas en los abismos del Océano, haria que estos muertos labios confesasen donde estás, y enviaria demonios que te tragesen sobre sus alas? ¡Huir de mí! Mejor será que me obedezcas, único medio de ver á tu hermana.

Filemon tembló, y se sometió. El encanto de los ojos de aquella muger, el terror de sus palabras, que creia á medias, y la agonía del deseo le vencieron, y murmuró:

—Yo te obedeceré. . . . solo. . . . solo. . . .

—Solo que no eres todavía un hombre completo, sino mitad hombre y mitad fraile, ¿éh? Antes de ayudarte, es

preciso que sepa esto: ¿Eres un fraile aún, ó eres un hombre?

—¿Qué significa esa pregunta?

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Y estos perros cristianos no saben lo que significa ser hombre! ¿Eres un fraile, pues? Dejemos aparte lo de hombre, pues que excede los límites de tu inteligencia.

—Yo. . . . soy un estudiante de filosofía.

—Pero ¿no eres hombre?

—Supongo que lo soy.

—Y yo no lo supongo: si lo fueras, hace muchos meses que estarias en relaciones amorosas, como un hombre, con esa muger pagana.

—¡Yo. . . . con ella!

—Sí, ¡yo. . . . con ella! dijo Miriam, imitando groseramente su tono humilde. Yo, el pobre estudiante sin dinero, con ella, la grande, rica, sabia, adorada filósofa, que tiene las sagradas llaves del altar interior del viento de Oriente. . . . y precisamente porque soy un hombre, el hombre mas hermoso de Alejandría, y ella una muger, la muger mas vana de Alejandría; por todo lo cual soy mas fuerte que ella, y puedo darla vueltas alrededor de mi dedo, y traerla de rodi-

llas á mis piés cuando quiera, tan pronto como abra mis ojos y descubra que soy hombre. ¡Eh, jóven! ¿Te ha enseñado ella esto alguna vez entre sus matemáticas y metafísica, entre sus dioses y diosas?

Filemon se puso de color de escarlata: el dulce veneno habia penetrado en sus venas, y éstas brillaban con él por la primera vez de su vida. Miriam conoció su ventaja.

—Vamos.... no te asuste tu nueva leccion. Me gustaste desde el primer momento que te vi, y pregunté al teraf sobre ti, el cual me dió una respuesta... pero ¡qué respuesta! algun dia la sabrás. De todos modos, indujo á la pobre vieja, á la generosa judía, á desprenderse de su dinero. ¿Has sospechado jamás de mano de quién procedia tu moneda de oro de todos los meses?

Filemon se inmutó, y Miriam prorumpió en una risa fuerte y chillona.

—¡Te has figurado que procedia de Hipatia, estoy segura! de la hermosa griega.... ¡qué vano eres!... y ni por las mientes te pasó la pobre vieja judía.

—¿Conque fuiste tú? ¿Tú? dijo File-

mon. Tengo, pues, que agradecerte esa estraña generosidad?

—No que agradecerme: lo que quiero es que me ebedezcas; porque no debes olvidar que puedo probar tu deuda para conmigo, hasta el último óbolo, y roclamártela. Pero no lo temas; yo no seré dura respecto de ti, precisamente porque estás en mi poder. Aborrezco á los que no lo están. Desde que tengo á los hombres entre mis manos, empiezo á quererlos. Las personas viejas aman, como los niños, sus juguetes.

—¿Segun eso, yo lo soy tuyo? dijo Filemon con arrogancia.

—Sin duda, mi hermoso jóven, respondió la vieja, mirándole con tan insinuante sonrisa, que le impidió montar en cólera. Al cabo, yo sé valerme de medios suaves.... y estos últimos cuarenta dias no he pensado mas que en hacer feliz á la gente moza; así, no tienes por qué asustarte. Ahora bien.... ayer salvaste la vida á Orestes.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Yo? yo lo sé todo. Yo sé lo que las golondrinas dicen cuando pasan volando, y lo que los peces piensan en el mar. Tambien tú lo sabrás algun dia,

sin la ayuda del teraf. Pero entretanto, es preciso que entres á servir á Orestes. ¿Vacilas?... ¿Ignoras que estás colocado muy alto en su favor? Te hará su secretario.... y te ascenderá con el tiempo á mayordomo, si sabes aprovecharte de tu fortuna.

Filemon permaneció unos instantes atónito y en silencio.

—¿Al servicio de ese hombre? dijo al fin. ¿Qué me importan él ni sus honores? ¿Por qué me atormentas así? ¿No tengo mas deseo en la tierra que ver á mi hermana!

—Será mucho mas probable que la veas si perteneces á la corte de un grande oficial... quizá mas que un oficial... que si continúas siendo un pobre fraile. Esto no quiere decir que yo te crea. ¿Tu único deseo en la tierra, eh? ¿No te importa, pues, volver á ver á la hermosa Hipatia?

—¿Yo? ¿y por qué no la veria? ¿No soy su discípulo?

—Ella no tendrá discípulos mucho tiempo mas, querido. Si deseas oír sus sábias explicaciones (que me alegraré te sean de provecho), deberás de aquí en adelante acercarte mas al palacio de

Orestes que al salon de lecciones. ¡Ah! te inmutas. ¿Qué te parece mi argumento? No.... no me preguntes. Yo no explico nada á monges. Pero toma estas letras; mañana por la mañana, á la hora tercia, ve al palacio de Orestes y pregunta por su secretario, Ethan el caldeo. Dí sin miedo que llevas importantes noticias de Estado.... y luego sigue tu estrella; es mas hermosa de lo que imaginas. ¡Anda! obedéceme, ó no verás á tu hermana.

Filemon se sintió cogido de improviso; pero, en último resultado, ¿qué no podria hacer por él aquella muger extraordinaria? Si la senda que iba á seguir no era la suya, era la que mas le aproximaba á Pelagia; y entretanto se veia en poder de la vieja, y tenia que someterse á su destino. Así, pues, tomó las letras y se marchó.

—¿Y crees que te la voy á entregar? dijo Miriam para sí, riéndose, cuando hubo salido Filemon. ¿Convertirla en una penitente, en una monja, ó cosa por el estilo; reducirla á apaciguar á tu Dios, arrastrándose entre las momias durante veinte años, con una cadena al redor del cuello y una argolla en el tobillo,

en la pesuasion de que es la esposa del Nazareno? ¿Y piensas que la vieja Miriam te la va á entregar para eso? ¡No, no, señor fraile! ¡primero muerta!.... ¡Sigue tu delicado cebo!.... ¡Síguele, como el mono la yerba que su conductor le ofrece, teniéndola siempre una pulgada distante de su nariz.... ¡Tú en mi poder!.... ¡Y Orestes en mi poder!.... Mañana debo negociar ese nuevo empréstito; así lo supongo.... ¡No me pagará nunca, y el perro concluirá por arruinarme! ¿A cuánto asciende ahora? Veamos. Y empezó á registrar en su escritorio obligaciones y notas. No me pagará nunca. ¡Pero, poder!.... ¡tener poder! ¡Ver á esos esclavos paganos y á esos perros cristianos formando proyectos y enorgulleciéndose con la idea de que son los dueños del mundo, sin imaginar jamas que nosotros estamos tirando de la cuerda, y que son nuestros juguetes! ¡Nosotros, los hijos de las promesas... nosotros, la nacion... nosotros, la semilla de Abraham! ¡Pobres diablos! ¡Casi me inspiran lástima al pensar en la cara que pondrán cuando venga el Mesías, y descubran quienes eran los verdaderos señores del

mundo!.... ese Orestes, sin embargo, debe ser emperador del Sur; sí, aunque tenga que prestarle para ello las joyas de Rafael. Porque debe casarse con la muger griega, y se casará. Ella le aborrece, es cierto.... Mi venganza será así mayor. Y ama á ese fraile: lo conocí en sus ojos cuando la encontré en el jardín.... Tanto mejor para mi venganza. El se colgará con gusto de los talones de Orestes por estar mas cerca de ella... ¡pobre tonto! Le harémos secretario ó mayordomo. Tiene para eso, dicen, bastante talento, ó no lo tiene para nada. Y entonces Orestes y él serán los dos dientes de mis tenazas, para arrancar lo que deseo á esa Jezabel griega.... ¡y volverá á mis manos esta ágata negra!

¿Era el final de su discurso una quimérica confusion de ideas? Quizá no, pues cuando pronunció la última palabra sacó de su seno un talisman roto, que pendia de una cadena atada al rededor del cuello, exactamente parecido al que deseaba con tal ardor, y lo estuvo mirando largo tiempo.... lo besó.... lo regó con sus lágrimas.... le habló.... lo estrechó en sus brazos como haria una madre con su niño.... murmuró trozos

de canciones infantiles; y sus facciones desagradables, marchitas se suavizaron, parecieron mas puras; y se levantó ennoblecida un momento por ese ideal personal que todas las almas traen consigo á este mundo, y que brilla, oscuro y potencial, en el rostro de los niños dormidos, antes de que se hayan cubierto de cicatrices y desfigurado en la larga tragedia de la vida. Era hechicera: se ocupaba en el tráfico de esclavos; en todas sus acciones se revelaban la falsedad, la ferocidad, la avaricia; pero aquella despreciable piedra la traia á la memoria algun pensamiento verdadero, espiritual, impalpable, ante el cual sus tesoros y su ambicion valian para ella tan poco como para los ángeles de Dios.

Léjos, sin embargo, estaba Miriam de imaginar que en aquellos mismos instantes, un robusto monge, sentado en el cuarto secreto de Cirilo, donde se le dispensó el especial honor de beber una copa de buen vino en presencia del patriarca, referia á éste y á Arsenio la siguiente historia:

—Así yo, habiendo descubierto que los judíos tenian fletado este buque pi-

rata, me dirigí al capitán, y encontrando favor en sus ojos, me alquilé como remero, seguro, por lo que habia oido á los judíos, que su objeto era traer la noticia á Alejandria lo mas pronto posible. En tal concepto, para desempeñar el encargo que Su Santidad me habia confiado, á mí, indigno de semejante honor, me embarqué y remé continuamente entre los demas, recibiendo, como inhábil en aquel trabajo, muchas maldiciones y azotes por la causa de la Iglesia. . . . que espero se me tendrán en cuenta en lo porvenir. Satanás, deseoso de acabar conmigo, entró en mi cuerpo, y casi me abrió en dos, pues comencé á vomitar mucho y aborrecí todo género de comida. No obstante, seguí remando impertérrito, sin que los vómitos cesasen un momento, hasta que los paganos, admirados, dejaron de pegarme, y me hicieron beber licores fuertes; con lo que cobré nuevo vigor, y remé dia y noche, confiando en que mi indignidad podria proporcionar algun bien á la causa de la Iglesia católica.

—Y así ha sucedido, dijo Cirilo. ¿Por qué no te sientas?

—Perdon, contestó el monge humil-

demente; de estar sentado, como de todos los placeres carnales, resulta al fin saciedad.

—Y ahora, dijo Cirilo, ¿qué recompensa te daré en pago de tu buen servicio?

—Bastante recompensa es haber hecho un buen servicio. Sin embargo, si el santo patriarca se empeña, hay una antigua cristiana, mi madre, según la carne....

—Ven mañana y la atenderemos como corresponde.

El monje besó la mano de su superior, y se retiró. Cirilo se volvió á Arsenio, sin poder disimular su alegría, y le dijo, dándole golpecitos en el muslo:

—¿Hemos vencido á los paganos, eh?

Y añadió luego:

—¿Y qué me aconseja el padre mio que haga para aprovechar una ventaja que el cielo nos ha concedido tan misericordiosamente?

Arsenio no contestó.

—Yo, prosiguió Cirilo, me siento inclinado á anunciar la noticia esta noche en mi sermón.

Arsenio sacudió la cabeza.

—¿Por qué no? ¿Por qué no? preguntó Cirilo con impaciencia?

—Mejor es tenerla secreta hasta que otros la divulguen. Reservar el conocimiento de una cosa, equivale siempre á contar con fuerza de reserva; y si el hombre (lo que no espero) trata de hacer daño á la Iglesia, déjale que se descubra antes de servirte de tu noticia contra él. Verdaderamente puedes tener escrúpulo de conciencia en cuanto á la legalidad de permitir un pecado que te sería fácil prevenir. Por lo que á mí respecta, creo que el pecado está en la voluntad mas bien que en la acción; y que algunas veces (digo solo algunas veces) puede ser un medio de salvar al pecador: dejar que su iniquidad dé fruto y agobiarle con sus mismos proyectos.

—Peligrosa doctrina, padre mio.

—Como toda doctrina profunda.... que tiene un sabor de vida ó de muerte, según se la recibe. Yo no lo he dicho á la multitud, sino á un hermano que sabe discernir. Y aun, hablando políticamente.... déjale descubrirse, si fragua en realidad alguna rebelion, y despues

habla y echa por tierra su torre de Babel.

—¿Tú crees, pues, que él no está enterado á estas horas de la derrota de Heracliano?

—Si lo está, no lo dirá al pueblo; y nuestras probabilidades de éxito serán casi las mismas.

—Bien. En último resultado, la existencia de la Iglesia católica depende de esta lucha, y es bueno ser prudente. Sea así. Es para mí una fortuna tenerte por consejero.

De este modo, Cirilo, no obstante su natural impaciencia, cedió, como es propio de los hombres sábios, á uno mas sábio que él, determinando conservar el secreto y prescribiendo igual silencio al monge.

Filemon, despues de una noche de insomnio y de una visita á los baños públicos, que la tiranía romana, mas sábia que la moderna libertad, proporcionaba tan liberalmente á sus víctimas, se dirigió al palacio del prefecto y entregó su mensaje; pero Orestes, que acababa de admirar al público de Alejandría con un desusado alarde de buen humor, estaba ya en la próxima Basili-

ca. Allí fué conducido el jóven por un ugier, y se halló en el centro de un hermoso salon, adornado con frescos y mármoles de colores, y rodeado de pórticos y galerias, donde los magistrados inferiores oian causas y administraban la justicia que permitia el complicado tecnicismo del derecho romano. Al traves de una multitud de curiosos pasó Filemon al ábside en el estremo superior, y viendo vacio el trono del prefecto, entró en una habitacion lateral, donde se encontró solo con el secretario, que era un magestuoso eunuco caldeo, de rostro pálido y ojos pequeños, y cuya cabeza ceñia un hermoso turbante. El secretario tomó la carta, la abrió con solemne deliberacion; y luego, sin gastar etiqueta, se paso de un brinco fuera del cuarto, dejando á Filemon atónito. A la media hora volvió, brillando en sus ojillos una grande idea.

—¡Jóven! tu estrella está en el periodo ascendente: ¡eres portador de felices nuevas! El prefecto mismo te manda entrar.

En seguida salieron ambos.

En otra habitacion, cuya puerta se hallaba custodiada por hombres arma-

dos, se paseaba Orestes arriba y abajo, vivamente excitado, algo descompuesto el rostro por la orgía de la noche anterior, y acudiendo de vez en cuando á una copa de oro que estaba sobre una mesa.

—¡Ah! ¡conque mi salvador nada menos! Jóven, haré tu fortuna. Miriam dice que quieres entrar á mi servicio.

Filemon, no sabiendo qué contestar, creyó que la mejor respuesta seria inclinarse lo mas que pudiese.

—¡Ah! ¡ah! gracioso, pero no enteramente conforme á la etiqueta. Ya le enseñarás tú pronto, ¿eh, secretario? Ahora á trabajar. Dame las notas para firmarias y sellarias. Al prefecto de los estacionarios.

—Aquí está.

—Al prefecto del Mercado de granos. ¿Cuántos buques has mandado descargar?

—Dos.

—Bien, eso bastará para el tiempo presente. Al defensor de la plebe. ¿Que no se le llevara el diablo!

—Se puede tener confianza en él, pues está muy envidioso del influjo de Cirilo, y ademas no debe mucho dinero.

—¡Bien! Ahora las notas para los maestros de las prisiones, relativas á los gladiadores.

—Aquí están.

—A Hipatia. No. Quiero honrar á mi esposa elegida con mi ilustre presencia. En verdad, es una mañana de trabajo propia del que padece tan fuerte dolor de cabeza.

—Su excelencia tiene resistencia como siete. ¡El cielo le prolongue la vida!

En efecto, Orestes, cuando queria, despachaba los negocios con una facilidad admirable. Una cabeza fina y un corazon aun mas fino contribuyen á facilitar muchas cosas.

Pero toda el alma de Filemon se encontró en estas palabras: *¡Su esposa elegida!....* ¡Era que las indicaciones de Miriam del dia anterior habian despertado en él alguna vision egoista, ó que sentia lástima y horror al pensar en la suerte que aguardaba á Hipatia, á su ídolo?.... Es lo cierto que estuvo como cinco minutos sumido en un sueño, del cual le sacó el sonido de otro nombre aun mas caro.

—Y ahora pensemos en Pelagia. Es preciso tantear el terreno.

—El godo va á ofenderse.

—¡Maldito sea el godo! Podrá elegir entre todas las hermosuras de Alejandría, y ser conde de Pentápolis si le acomoda. Pero necesito un espectáculo, y nadie mas que Pelagia servirá para el baile de Venus Anadiómene.

La sangre del jóven se le agolpó al corazon, y de allí retrocedió á la cabeza, sintiendo como un vértigo de horror y de vergüenza.

—El pueblo se pondrá loco de alegría al verla salir á las tablas otra vez. Poco piensan los estúpidos en los proyectos que formo para divertirlos, aun en los instantes en que estoy tan ébrio como Sileno.

—Su excelencia no vive mas que para el bien de sus esclavos.

—¡Oye, jóven! Tan hermosa dama requiere un hermoso mensajero. Desde luego te admito á mi servicio, y te encargo de llevar esta carta á Pelagia. ¿Cómo? ¿por qué no vienes á cogerla?

—¿A Pelagia? dijo Filemon. ¿En el teatro? ¿Públicamente? ¿Venus Anadiómene?

—¡Sí, necio! ¿Te embriagaste tú tambien anoche?

—¡Es mi hermana!

—Bien. . . . ¿y qué importa? ¡Pero no te creo, miserable! ¡Hola! gritó Orestes que lo comprendió todo al instante: ¡jugieres!

Abrióse la puerta y entró la guardia.

—Ahí teneis á un buen chico que parece inclinado á volverse loco. Tenedle en punto donde no pueda hacer daño por unos cuantos dias. Pero no le maltrateis, pues al cabo salvó ayer mi vida, mientras que vosotros echásteis á correr.

Y el infeliz jóven fué preso y conducido al cuerpo de guardia, en medio de las burlas de los ugieres, que parecian irritados contra él por sus proezas del dia antes, y que se alegraron mucho de poder administrarle un buen par de grillos; hecho lo cual, le arrojaron en un calabozo, dejándole allí entregado á sus meditaciones.